
Corona de las frutas

Severo Sarduy

CAIMITO

Por la hoja del caimito
van dos colores trepando:
blanco y verde. No sé cuándo
ni dónde nació este mito.
Salta el sinsonte contrito
y se reposa en la aldaba
de ese cenit, donde alaba
un azul más que celeste.
Y declama en sol: ¡Con éste
se acabó lo que se daba!

PAPAYA

Qué bien hiciste, Ramón,
en pintar una papaya,
de ese color y esa talla,
con técnica perfección.
Tu gesto es de tradición:
Heredia se volvió loco
y vio una mata de coco
en el Niágara brumoso.
Más al norte y más sabroso,
¡tú coronaste al barroco!

ANÓN

¿Quién no ha probado un anón
a la sombra de un ataje?
Dana teje y desteje
el tiempo de oro y de ron.
Empalagoso y dulzón
para el gusto no avezado;
ni verde ni apolimado
al paladar lo disfruta.
Fruta no: pulpa de fruta.
Goce: más goce al cuadrado.

MARAÑÓN

Si bien aprieta la boca
el marañón sabrosón,
ácido y luego dulzón
al paladar se trastoca.
Importancia tiene poca
si su jugo se derrama:
un súbito, un vago drama,
un ligero sobresalto,
cuando su rojo es más alto
que el colibrí, que la llama.

NÍSPERO

Níspero de ocre tranquilo
blasón de la piel mulata:
son que se ata y se desata
sobre una guitarra de hilo.
Noche que muere en el filo
de la luz que va brotando,
palmera garabateando
su penacho por el cielo;
níspero: gula y desvelo
del gallo que está cantando.

GUANÁBANA

La guanábana ameniza
cualquier merienda casera:
se coge la pulpa entera
y en hielo se pulveriza;
con un terrón se eterniza
esa nevada corola
que decanta por sí sola
tan copioso frenesí.
Blanco sobre blanco. Sí:
alquimia de la champola.